

Cartografías del conflicto urbano y territorial: el dónde importa

Luis del Romero Renau

Doctor en Geografía. Departament de Geografia, Universitat de València

El objetivo fundamental de esta aportación es realizar una breve reflexión sobre el concepto urbano y/o territorial en los conflictos en la ciudad, reivindicando la importancia que tiene el territorio –la cartografía del conflicto– para entender la complejidad de un fenómeno que en demasiadas ocasiones se trata de manera simplista por parte de los medios de comunicación. Con este fin se aborda una propuesta de definición y de análisis a diferentes niveles.

¿Qué es un conflicto urbano o territorial?

El conflicto es un hecho consustancial a la propia vida urbana; desde que las ciudades han existido, ha habido en ellas conflictos urbanos.¹ Continuamente saltan a la primera página de los periódicos, en redes sociales, radio y televisión noticias sobre protestas, manifestaciones con diferente grado de violencia, *okupaciones* y todo tipo de reacciones ciudadanas ante una decisión política o judicial que incumbe al espacio urbano. Normalmente a los pocos días estos relatos desaparecen súbitamente, igual que aparecieron. Estos momentos mediáticos no son sino acciones puntuales, *puntas de iceberg* en largos procesos de tensionamiento social entre actores urbanos, muchos de los cuales duran años e incluso décadas. Detrás de la protesta por la construcción de una autovía, la degradación de un espacio natural o la aprobación de un Plan General de Ordenación Urbana (PGOU) existe casi siempre un relato complejo y heterogéneo sobre desinversión, abuso institucional durante largo tiempo o degradación consentida en el espacio urbano en el que esta protesta surge. No se trata, por lo tanto, de un fenómeno ni corto en el tiempo ni simple; más bien, como todo fenómeno social, es poliédrico –un conflicto se puede leer desde una perspectiva social, histórica, espacial, económica, antropológica o psicológica–, multiescalar y sin linealidad histórica definida –la mayoría de los conflictos surgen y resurgen continuamente en el mismo barrio o ciudad a lo largo de las décadas.

El conflicto es, por lo tanto, un fenómeno complejo, pero no necesariamente negativo, que conviene erradicar lo antes posible. Esta es la visión dominante, no solo en buena parte de

¹ C.J. Hamelink, «Urban conflict and communication», *International Communication Gazette*, junio de 2008, 70, 3-4, pp. 291-301.

textos académicos, sino también en la práctica política diaria. El conflicto se ve como un elemento disruptor en la 'armonía' diaria de la ciudad en la que surge. Alcaldes, técnicos urbanísticos y, últimamente, todo tipo de mediadores, 'expertos en participación', 'negociadores' o 'facilitadores' corren al barrio o pueblo en el que se organiza la manifestación o al lugar donde surgió la protesta –sea físico o digital– para encontrar una solución 'de consenso' lo antes posible, volver a la 'normalidad' democrática y de esa manera aprobar el proyecto, reforma urbana, infraestructura, equipamiento, normativa o política de vivienda que generó tal descontento con las compensaciones o cambios pertinentes.

Sin embargo hay otra manera de contemplar el conflicto y es como fuente de innovación y progreso social en la ciudad, huyendo de visiones utópicas de la ciudad sin conflictos, armónica y en paz, criticada desde hace décadas por eminentes sociólogos como Dahrendorf,² y que son más propias de regímenes dictatoriales o escasamente democráticos. No son pocos los ejemplos históricos en el que la protesta ciudadana ha conseguido detener planes, programas y proyectos urbanos devastadores para la ciudad, aunque beneficiosos para determinados intereses económicos, y al mismo tiempo han sido motor de evolución social y cultural. Un ejemplo paradigmático es la lucha vecinal en la Valencia tardofranquista contra la destrucción de l'Albufera y su posterior protección creando así el primer parque natural de la Comunidad Valenciana y cimentando las bases de un movimiento ecologista valenciano, o más recientemente los gobiernos del cambio surgidos tras las elecciones de 2015 en las principales ciudades de Estado, apoyados por el caleidoscopio de movimientos sociales que empiezan su andadura institucional, que no como movimiento de protesta, tras el 15M.

Pero, ¿cómo definimos conflicto urbano territorial y por qué esta dicotomía? Una definición operativa del término propone el conflicto como 'una expresión observable de, al menos, dos opiniones o ideas contrapuestas que se evidencian a partir de, al menos, uno o más momentos de protesta.'³ En todo conflicto encontramos por lo menos dos actores con discursos contrapuestos que desarrollan una serie de acciones, desde una simple reunión o asamblea hasta acciones violentas, pasando por acciones judiciales –recurso especialmente empleado en España–⁴ y que tienen una duración desde pocos días hasta varios años, hasta que una instancia oficial, un parlamento, pleno de ayuntamiento o un tribunal, toma una decisión definitiva, que sin embargo no suele acabar con el conflicto; más bien entra en un estado de letargo mediático y social que resurgirá tiempo después con otros argumentos u otros actores desencadenantes. Procesos urbanos conflictivos como la gentrificación, turistificación o reconversión económica de un barrio o ciudad suelen estar relacionados con

² R. Dahrendorf, «Out of utopia: toward a reorientation of sociological analysis», *American Journal of Sociology*, 64, 2, 1958, pp. 115-127.

³ T. Bonacker, «Konflikttheorien», en G. Kneer y M. Schroer (Ed.), *Handbuch Soziologische Theorien*, Springer, Wiesbaden (Alemania), 2009, pp. 179-198.

⁴ L. Del Romero y C. Trudelle, «Le conte de deux cités: Analyse comparative des conflits urbains de Montréal et Valence, 1995-2010», *The Canadian Geographer / Le Géographe canadien*, 56, 1, 2012, pp. 58-79.

este tipo de conflictos. Barrios emblemáticos como el de Gràcia en Barcelona, Russafa o el Cabanyal en Valencia o Lavapiés en Madrid suelen ser escenario de muy diversos conflictos más relacionados entre sí de lo que pareciera en una primera lectura.

Preferimos el binomio ‘conflicto urbano y territorial’ al de simplemente ‘urbano’, en primer lugar para llamar la atención sobre el hecho de que el conflicto es, como todo fenómeno social, en parte urbano, pero también periurbano o rural. De hecho, a partir de las últimas investigaciones que he realizado⁵ sobre localización de conflictos urbanos, cada vez se observan más, fruto de los procesos de metropolitanización y crecimiento urbano caótico acontecidos hasta la llegada de la gran recesión, conflictos en áreas periféricas de la ciudad o incluso eminentemente rurales, que en la ciudad central. En un mundo en el que la mayoría de la población urbana de países centrales como Estados Unidos o Canadá, así como en la mayor parte de países latinoamericanos y asiáticos vive en la periferia urbana, la ciudad difusa o *edge cities* del oeste americano, las villas miseria argentinas o *slums* de la India y Bangladesh es de esperar que sea en los márgenes urbanos donde hoy en día surja mayor conflictividad social. En segundo lugar, el epíteto de ‘territorial’ nos parece fundamental para distinguir el tipo de conflictos que tratamos, y son aquellos que tienen un vínculo claro con el espacio en el que se desarrollan, descartando así todo tipo de situaciones conflictivas más alejadas en principio de una lectura espacial como problemas de índole social que también generan conflicto como la violencia de género, los conflictos laborales, racismo y xenofobia, actos de terrorismo, de delincuencia común etc.

Por esta razón es importante la cartografía del conflicto. Solo de esta manera se puede llegar a entender la relación, muchas veces estrecha, entre conflicto y espacio urbano, establecer categorizaciones de conflictos, comprender los intereses económicos y políticos que hay detrás de ciertas decisiones administrativas y evidenciar las causas estructurales de confrontación, que van desde la tradicional lucha de clases, hoy más vigente que nunca, a la contraposición de discursos productivistas versus conservacionistas o postproductivistas que se observa en numerosos conflictos ambientales en nuestras ciudades. La espacialidad del conflicto es, por lo tanto, una aproximación imprescindible para comprender la complejidad de este fenómeno. A continuación proponemos diferentes niveles de análisis del conflicto urbano o territorial que la cartografía del mismo nos permite abordar.

Análisis del conflicto urbano y territorial

Una primera lectura que ofrece el conflicto como fenómeno espacial o un primer nivel de análisis lo constituye la relación directa del conflicto con su entorno físico: ¿dónde surgen los conflictos? ¿Por qué? ¿Con qué intensidad y características los podemos apreciar? En este primer nivel se pueden observar fácilmente las causas y consecuencias económicas, sociales y

⁵ L. Del Romero, *Conflicts in the city. Reflections on urban unrest*, Nova Publishers, Nueva York, 2016.

ambientales que un determinado proyecto puede tener, razón por la que un conjunto de actores públicos, privados o movimientos sociales se movilizan en su contra. Lugares ricos en recursos naturales cuya explotación implica graves impactos ambientales, como el *fracking*, la minería a cielo abierto o las grandes infraestructuras hidráulicas serán fácilmente identificables como lugares donde hay una alta probabilidad de conflicto territorial. Un análisis de usos del suelo en cualquier ciudad, en el que observemos que se va a implantar una incineradora al lado de un área residencial o una prisión cerca de un lugar de interés turístico nos desvelará inmediatamente las causas de numerosos conflictos: los fenómenos NIMBY o conflictos reactivos especialmente importantes en barrios de clases medias⁶ de rechazo a un determinado proyecto, infraestructura o equipamiento. Por último, esta primera lectura aporta argumentos interesantes para analizar el crecimiento de las ciudades: cuántos conflictos surgen en la periferia relacionados con la urbanización, por qué motivos, cómo evoluciona la conflictividad una vez estas nuevas piezas urbanas se incorporan a las dinámicas territoriales de la metrópolis y, en definitiva, qué impacto tiene el crecimiento urbano, en especial en periodos de *boom* económico como el que aconteció en España entre 1996 y 2007.

Una segunda lectura a partir de la cartografía del conflicto territorial es complementaria a la anterior, ya que a partir de la localización de conflictos en un mapa podemos preguntarnos por qué en determinados barrios o poblaciones no parece haber nunca conflictos, lo que se puede denominar como 'desierto de conflicto'. Esto nos retrotrae a la conceptualización realizada anteriormente sobre el conflicto: su ausencia debería ser casi más motivo de preocupación, que la presencia. La información sobre el conflicto en una publicación informativa puede relacionarse con la escasez o nula cobertura mediática sobre parte del territorio, lo cual ya es en sí un aspecto de notable interés académico. Sin embargo, en otros casos se observan estrategias de supresión u ocultación de conflictos o protestas siguiendo intereses políticos o económicos. Un buen ejemplo de ello es el *metaconflicto* de los desahucios de viviendas en toda España. Muchos de estos conflictos son desencadenados por grandes bancos como el Banco Santander, aunque rara vez sale en los grandes medios de comunicación, muchos de los cuales cuentan entre sus principales accionistas con este banco. Otro ejemplo típico sucede con la celebración de grandes eventos deportivos o culturales. La ciudad o país que celebra una exposición internacional, unas olimpiadas o un campeonato de fútbol se esfuerza por suprimir u obviar a toda costa toda tentativa de protesta que mancille su imagen, con frecuencia utilizando todo tipo de medios violentos como sucedió con las olimpiadas de Pekín de 2008. Como referencia reciente nos podríamos preguntar qué pasó con los multitudinarios movimientos de protesta en Brasil por el gasto de las olimpiadas, el desahucio y desplazamiento de miles de familias de las favelas de Río y sobre todo qué transformaciones urbanas se han realizado con el pretexto o al calor de estas últimas olimpiadas. Como siempre, el apagón informativo es una estrategia de gestión de conflictos.

⁶ D.J. Brion, «An Essay on LULU, NIMBY, and the problem of distributive Justice», *Boston College of Environmental Affairs Law Review*, 437, 1988.

En definitiva la investigación desde esta segunda lectura nos adentra en el terreno complejo pero apasionante sobre la cobertura informativa de un medio y las complejas relaciones de poder entre grandes empresarios, representantes políticos y medios de comunicación.

Una tercera lectura desde la espacialidad del conflicto nos adentra en el terreno de la teoría urbana crítica: el conflicto como expresión de desigualdad dentro de la ciudad, de lucha de clases, de dinámicas extractivistas o de acumulación por desposesión. En el momento en el que se decide construir una depuradora, las implicaciones para el vecindario a largo plazo son profundas. Pocas depuradoras, incineradoras, prisiones o en definitiva instalaciones nocivas y tóxicas se construyen en barrios o municipios acomodados. En Estados Unidos se habla abiertamente de racismo ambiental, cuando se observa con frecuencia que numerosas comunidades afroamericanas pobres son las áreas predilectas para instalar todo tipo de equipamientos contaminantes y tóxicos.⁷ Aquí es donde se evidencia la complejidad del conflicto. En grandes ciudades como Barcelona o Valencia durante los años de *boom* económico, la mayoría de los proyectos de renovación urbana que implicaban la expropiación forzosa de vivienda, aunque esta fuese plenamente legal, se daba en barrios de bajas rentas, pero con interesantes expectativas económicas. De nuevo, pocos proyectos de transformación urbana profunda se observan en barrios acomodados. Al fin y al cabo se persigue la finalidad de hacer atractivas para el capital áreas que por diversos motivos no lo son. Solo el proyecto de ampliación de la avenida Blasco Ibáñez en Valencia implicaba la destrucción de 1600 viviendas, o la macro operación urbanística del 22@ en Barcelona, aún hoy en marcha, ha conllevado la destrucción de decenas de viviendas. Esto es asimismo visible fuera de la ciudad: existen hoy en día cientos de conflictos ambientales que son ejemplo de extractivismo y acumulación por desposesión: se expulsa a una comunidad indígena de su territorio ancestral para abrir una mina que dará un gran beneficio a alguna corporación del Norte y a una pequeña élite del Sur, aunque los impactos ambientales y los campesinos o indígenas desplazados y empobrecidos se queden en el propio territorio de la mina: acumulación de riqueza por desposesión de tierra, bosques y agua.

Una cuarta y última lectura del conflicto territorial y urbano, en un nivel más profundo, nos adentra en el terreno de la antropología urbana e incluso de la etnografía: el conflicto como pugna entre culturas, territorios o maneras distintas de ver la vida y el mundo y, en definitiva, como una lucha por un territorio. Aquí entran los llamados 'conflictos interculturales'. Los frecuentes estallidos sociales en los *banlieux* franceses, últimamente reconducidos interesadamente hacia la 'amenaza terrorista', ocultan tras de sí narrativas de frustración de comunidades y generaciones enteras desde hace años e incluso décadas, de bisnietos de inmigrantes que no se sienten ni franceses ni magrebíes, jóvenes desclasados que buscan una identidad en un mundo crecientemente globalizado con unos Estados-nación que a duras

⁷ D.E. Taylor, *Toxic communities: Environmental racism, industrial pollution and residential mobility*, New York University Press, Nueva York, 2014.

penas mantienen sus políticas de bienestar y de integración social, si es que no las están desmantelando. El conflicto desencadenado por la construcción de una mezquita requiere de una lectura desde la perspectiva de la cohabitación en un mismo espacio de culturas distintas para entender sus motivaciones y las posibilidades de gestión, si es que las hay. Igualmente la lectura simplista de grandes conflictos territoriales como el conflicto mapuche en Chile desde una óptica estrictamente social o económica es insuficiente, ya que detrás de las motivaciones por las que numerosas comunidades se movilizan en contra de determinados proyectos hidráulicos o forestales se adentran en el terreno de la espiritualidad y la cosmovisión mapuche que nada que ver tiene que ver con la institucionalidad y territorialidad chilena, que se contraponen claramente a las aspiraciones mapuches de construir un territorio diferenciado.

Conclusión

La conflictividad territorial o urbana es un tema de debate académico relativamente reciente y aún hoy en día no abundan las aportaciones científicas que aborden tanto el propio concepto de conflicto como las diferentes metodologías de estudio. En estas breves líneas hemos intentado caracterizar a este fenómeno social como un elemento no necesariamente negativo. La confrontación de pareceres y de visiones sobre una calle, un barrio o una ciudad, si se articulan adecuadamente huyendo de los mecanismos de participación ciudadana hueca y que solo provocan fatiga democrática, puede dar lugar a planes, proyectos o prácticas urbanas alternativas inclusivas, sostenibles y enriquecedoras en todos los sentidos. Sin embargo, por desgracia, aún prevalece la visión del conflicto como un elemento de molestia que conviene erradicar a la mayor brevedad. Conviene por lo tanto prestar más atención a los argumentos del conflicto y menos a los mecanismos institucionales, más o menos coercitivos para su supresión, silenciamiento o 'gestión'. Si nos decantamos por la primera opción, por el análisis sosegado y reflexivo del conflicto, la cartografía del mismo puede ser una magnífica herramienta para su entendimiento. El dónde importa, no solo ya para comprender qué relación guarda el conflicto con su entorno físico inmediato, sino para comenzar a atar cabos, para adentrarnos en análisis más profundos como las causas estructurales, sociales, o culturales de numerosos conflictos. Solo de esta manera se podrá desentrañar las complejas relaciones de poder y redes de intereses que hay detrás de muchas decisiones que generan conflicto, y si realmente existe voluntad política o una resistencia suficiente, poner en marcha prácticas urbanas alternativas con un mayor consenso entre actores.